

Si es castigo ¿cuál pecado,  
Sin saberlo, cometimos?  
Si premio ¿por qué ganado?  
Sin haberlo demandado,  
Responded ¿por qué vivimos?

Poesías y crónicas están llenas de igual inquietud. Escribe *Odas* dignas de una Antología; traduce a Musset y a Coppée y su maestro es Gautier. Comparte con él su amor a la luz:

¿Qué cosa más blanca que cándido lirio?  
¿Qué cosa más pura que místico cirio?  
¿Qué cosa más casta que tierno azahar?

dirá, enamorado del ideal de blancura" . . . . .

\* \* \*

No, no son estas líneas un prólogo: son, simplemente, un impulso que responde a un deseo. Ha venido a mí la compañera de mi amigo, en solicitud de que abra con mi prosa arisca de surcador de la prensa, un tomo en que devotamente se han recogido artículos de Gutiérrez Nájera, poco conocidos unos, otros ignorados, yacentes en esta inahita fosa del periodismo, en el que no existen lápidas. Y yo he hecho a un lado las *notas* de mis clases, los apuntes reunidos para un posible libro; he apartado dos ó tres cuartillas del *editorial* de hoy—de mi eterno artículo diario, hace un cuarto de siglo; mi tormento! mi consuelo! mi tortura! mi liberación! mi castigo! mi recompensa! ¡la suprema necesidad de todas mis necesidades, cruel y amorosamente adherida a mi ser!—y he dejado que éntre plenamente dentro de mi espíritu este inefable recuerdo, que pone un claror de cielo en un atardecer empapado de añoranzas . . . . .

¡Dios bendiga a usted, señora, por esta piadosa limosna de vida!

CARLOS DIAZ DUFOO.

México, Septiembre de 1912.

---

## LEOPOLDO ZAMORA.

---

Yo tengo mi campo-santo, muy pequeño, muy humilde, pero de tumbas bien cuidadas y siempre cubiertas de flores. Sólo yo entro á él, porque los enlutados pálidos que pasean por las calles de cipreses, no son extraños, no son profanos, no son desconocidos, son mis recuerdos. A veces cruza una mujer de velo blanco por entre las hileras de sepulcros; pero no, no es una mujer . . . es alguna ilusión mía que se aparece. Iba á menudo—ahora voy todos los días—al pobre campo-santo, y nunca me he encontrado solo en él: ¡como que allí estoy en medio de los míos, de los que me esperan, de los que me aman! Entre los vivos sí, á ocasiones, me hallo solo, porque entre los vivos tengo verdaderos muertos. Ese . . . ese que pasa y me saluda, es un amigo muerto . . . muerto para siempre. Y así hay muchos!

Allá, en mi campo-santo, están los que no han muerto, los que no morirán hasta que muera yo. El sonido no debe ser la vibración de las ondas sonoras, porque oigo distintamente las voces de esos dormidos que

no despegan los labios. La visión debe obedecer á leyes diversas de las leyes físicas, porque esas personas no están delante de mí y las veo sin embargo. Mirad atentamente mis ojos. . . ¿verdad que allí no están esas imágenes? Allí estará la del observador á quien consulto; pero las otras no. . . Y á pesar de todo, yo las veo!

Por eso digo que morir no es desaparecer. . . que morir no es morir. Los que expiran, los que parece que se van, expiran y se van para los extraños. Los que amamos no nos dejan; antes bien, al morir se unen más á nosotros, porque se quedan dentro de nosotros mismos. Antes eran como de muchos. . . después sólo son nuestros. Para el amor, que es tan celoso, ¿cuál consuelo más grande? Ya no los ven los demás, ya no pueden disputarnos su cariño, ya nunca, nunca les harán mal, pero nosotros sí los vemos, sí los oímos. . . aquí están para siempre! Aquí, como escondidos, como refugiados! Son tan nuestros, como es de la madre el niño que todavía no sabe andar, que todavía no puede desprenderse de sus brazos, y de ella recibe todo el calor, toda la vida.

¿Por qué nos vestimos de luto cuando alguien se nos muere? Pues acaso para poner más sombra todavía entre el que va oculto en nosotros y las gentes extrañas; para que los indiferentes no lo vean.

¡No, no mueren los seres queridos. . . ! Uno mismo es el que muere, y eso es todo! Somos como fosas más ó menos hondas. Nos van echando cadáveres y cadáveres, y cuando se llena la fosa ponen una gran piedra encima de ella. . . . y esa piedra ya no se vuelve á levantar. . . .

Cuando se llene mi pequeño campo-santo, entonces sí me moriré y se morirán todos los míos. ¿Cuántas

tumbas vacías quedan aún? Acaso muchas—¡oh dolor!— . . . tal vez, ninguna!

Vivir es, á la vez, enterrar é irse muriendo. Con cada uno de los que se van, nos vamos yendo. El que pierde á sus padres, por ejemplo, pierde todo un orden de goces, es decir, pierde vida. No es verdad que la muerte mata como un asesino; mata lentamente como una enfermedad larga. . . . tan larga, que desde el punto de nacer la contrajimos.

Las gentes ricas erigen á sus muertos suntuosos mausoleos. Los artistas, en sus obras, les levantan hermosos monumentos. ¿Qué es el *Lago* de Lamartine? Una tumba de alabastro muy raro, de alabastro azul. ¿Qué es la *Maria* de Isaacs? Una fosa en el campo toda cubierta de flores, siempre frescas, siempre olorosas, siempre humedecidas por las lágrimas.

Yo, pobre picapedrero, tengo también que hacer algunos sepulcros. Resultarán feos; pero he de hacerlos yo mismo, porque esta es condición indispensable; porque esas obras no se encargan ni se compran.

Mas, para hacer ciertos sepulcros aguardo á tener fuerza, aguardo lo imposible, á tener genio.

Voy, sin embargo, diariamente á mi pequeño campo-santo; dejo flores en las tumbas que todavía no tienen monumento alguno, y calculo y proyecto cómo han de ser los soñados mausoleos; cómo los haré cuando sea rico, cuando pueda, cuando tenga genio. . . . ¡La esperanza es loca; pero ayuda á vivir porque miente mucho!

En estos días he ido más al melancólico recinto. . . Es natural! ¡Estamos en el mes triste de los muertos! Y como estoy convalesciente, como hoy es el primer día en que vuelvo al trabajo, veo el sol pálido, me aqueja

el cansancio, y hallo descanso y goce al sentarme á la sombra de copados fresnos, que dicen á la luz:—¡chist...! ¡Más quedito!

No tengo alientos para llegar al centro, al corazón del campo-santo, y reposo algunos instantes frente á esa tumba que tampoco tiene lápida. Es la de un amigo, muerto ha poco tiempo y cuyo último trabajo literario acabo de leer en número reciente de la *Revista Nacional*. Con él fuimos, no ingratos; pero sí perezosos sus hermanos. Nadie ha dicho lo que valía Leopoldo Zamora: todos lo sabemos, todos lo sentimos; pero nadie lo ha dicho. Justo Sierra es el que acaba de grabar una inscripción en esa losa, al publicar el último artículo del llorado y buen amigo.

El artículo á que aludo es un estudio sobre Carlyle, el abrupto pensador inglés, el más serio, el trágico de los *humoristas*. ¡Y cómo revive en ese estudio la personalidad de Leopoldo! Sin duda lo dejó, como él deja todo, periódicos y vida incompleto. Tenía más que decir! . . . .—pensamos al concluir la lectura del artículo, y:—Tenía más que decir! . . . .!—pudiéramos poner como epitafio en el sepulcro de nuestro compañero. Nada dejó, porque dió todo á la prensa, esa estafadora que nunca devuelve lo que recibe, sus trabajos; al estudio su actividad intelectual; á todos, su cariño, al fin . . . la vida! Pensaba tan intensa y hondamente como sentía; y—¡cosa extraña para el vulgo!—de esta igualdad nacía un desequilibrio. Estaba siempre riendo, ufano, como si ya supiera que iba á vivir poco; ávido de leer y de estudiar, como si adivinara que su inteligencia tenía de gozar aprisa . . . muy aprisa.

Y supo mucho! Para su entendimiento todo era claro; así como para su corazón todos éramos buenos.

¿Tenía un peso? Pues á darlo. ¿Una idea? ¡Pues á comunicarla; á que otro la aproveche! Fué pródigo, despilfarrado, caritativo, bueno. •

¿Qué era más: hombre de ciencia ó artista? Hombre de ciencia, dicen sus maestros, y artista, replicamos sus amigos. Era un vibrante, un inquieto. Salía á la vez, en virtud de raro desdoblamiento personal, de la Escuela de Bellas Artes y de la Escuela de Ingenieros. Dibujaba los números. Su pensamiento caminaba en línea recta; su vida, en complicadas líneas de friso árabe. ¡Con qué ciencia escribía sobre cuestiones sociales, sobre asuntos económicos, sobre problemas filosóficos. Pero, esa ciencia, no por serlo, era magistral y huraña, sino jovial y juguetona . . . hasta traviesa. ¡Siempre su talento llevaba en la mano alguna flor! ¡Siempre la imaginación hacía con sus retozos que la vieja ciencia se riera!

No quiso tomar la vida muy en serio, porque presintió que iba ella á abandonarlo pronto. Todo proyectaba, para dejarlo todo comenzado, como diciendo:—¿qué seguir? ¡yo no lo acabaré!—

Tuvo por amigos, liberales exaltados y conservadores irreductibles; pero él no estaba con unos ni con otros: él estaba con los pocos. Lejos de la paradoja, lejos del sofisma.

¿Qué dejó? Muchos amigos, muchos cariños, muchos más ingratos y páginas muy bellas, esparcidas, prodigadas, desperdiciadas en la prensa diaria. Parecen esas páginas como niños pequeños á los que él no pudo ya educar y dejó huérfanos. Cada uno de esos niños habría llegado á ser un hombre; cada uno de esos artículos habría llegado á ser un libro.

\*  
\* \*

¡Oh humilde tumba de mi pequeño campo-santo, tumba de mi amigo! ¡Alguna vez, cuando sea rico, cuando pueda, te labraré algún digno monumento!

Ahora, no puedo trabajar. He hablado más de tristezas mías que de Leopoldo. ¡Así hablaba con él, cuando él vivía!

EL DUQUE JOB.

### Un banquete al Maestro Altamirano.

Por algunos días—¡breves ¡ay! y cuán fugaces ¡oh Póstumo!—me he figurado que renace la literatura en México. Altamirano hasta cuando se va, hasta cuando se despide, hasta cuando nos deja el muy ingrato y ya tiene el sombrero puesto y está en la boca de la escalera, ejerce el derecho de reanimar con una palabra, con un gesto, con una promesa, la literatura mexicana. Nos quedamos, como quien dice, sin casa; se nos va Altamirano, se nos va el médico de nuestros versos, el confesor de nuestros dramas, el que nos prestaba talento cuando estaba muy pobre nuestra inteligencia... y este suceso triste ha dado ocasión á fiestas muy alegres. Parece que tenemos fe en la informalidad y en la pereza del Maestro, que estamos seguros de que no se irá. También dijo que iba á publicar una novela titulada *El Zarco*, y no sé qué leyenda veneciana, y el segundo tomo de sus *Paisajes y Leyendas*, y un *Morelos*, y que iba á dar unas conferencias... y nada hubo!

No crean ustedes que se va. Le ha de dar pereza. ¿Cómo había de levantarse tan temprano? Está lloviendo mucho en estos días. Acaba de recibir el Maestro libros excelentes. Margarita, la buena y noble Margarita, ha preparado riquísimo café. Allí está la ponchera aguardando á que Altamirano pronuncie el *fiat lux*... No; no se va! Ese viaje es un libro que ha anunciado.

Acabo de leer la carta que Justo Sierra dirigió al "Liceo Mexicano," con motivo de este viaje... para mí imaginario. ¡Qué hermosa carta! Se parece á la inteligencia y á la alma de Justo! ¡Qué llena de versos está esa prosa! ¡Cómo la robustecen la verdad y la sinceridad! ¡Cómo la calienta el sentimiento! Así escriben los hombres honrados, cuando tienen genio! (No sé si genio es palabra castellana, en la acepción que aquí le doy. Justo ha de saberlo. Pero yo á él no le llamo ingenio, aunque me maten. Lo diré en francés, ó en inglés ó en lo que sea: Justo es un genio.)

¡Cómo me arrepentí al leer esa carta, de haber dedicado algunos párrafos al Maestro! ¡Y salieron al lado de los de Justo...! Los míos de saco, despeinados... los de Justo de frac! Y para colmo de infortunios, los míos están plagados de erratas! No sólo fueron de saco, sino con manchas de lodo en el vestido! Salieron, siquiera limpios, de la casa y los cajistas, al correr, los salpicaron en la calle.

Acabo de leer, decía, la carta de Justo, y esta lectura me convence de que Altamirano no se va. El se iba á Barcelona porque ya en la prensa de México no había un *Renacimiento* ni un *Domingo*, porque ya no teníamos veladas literarias como las de Riva Palacio y Martínez de la Torre, porque ya Sierra no escribía ni nos juntá-

bamos los devotos de las letras en sabrosas agapas, porque los gansos habían tomado el Capitolio y los creyentes, los invencibles creyentes, teníamos que refugiarnos en las catacumbas, y salir sólo de noche, á favor de la sombra, cuando nadie nos veía, porque nos daba vergüenza confesar que hacíamos versos. Por eso se iba el Maestro, porque le faltaba aire respirable, porque lo perseguían. . . . ¡y para que no lo arrojaran á las fieras!

Pero, he aquí, que de pronto nos hallamos con que existe todavía un hermoso cenáculo; con que hemos tenido una velada literaria, con que nos hemos reunido para comer espárragos, literatura y otros platos succulentos; para beber poco champagne y muchos versos, sin que presidiera la mesa ningún gobernador y ningún ministro. . . esto es sencillamente estupendo! Existe Justo Sierra! Y no sólo el Justo académico, el Justo de los tercetos al Padre Pagaza, que es un Justo admirable; sino el Justo de antes, *doblé* del Justo de hoy, que es un justo más admirable todavía. Guillermo Prieto—aquél á quien rezamos los poetas cuando decimos: *Padre nuestro*—canta y entusiasma. Gonzaga Ortiz pasa por no sé cuál de sus juventudes, pero sí sé que por alguna de ellas que se parece muchísimo á la primavera. Telesforo García—el que se había ido á España no sé á qué, porque nunca es bueno irse de la patria—ese Telesforo de quien pueden decir todos los escritores de talento: *ese fué mi Mecenas, lo es ó lo será*; ese Telesforo que tiene la manía de fingir admirablemente el acento gachupín, ha regresado. Y en torno de estos viejos compañeros de armas, ¡todos los nuevos, toda la familia menuda de Altamirano! El chiquitín Urbina, que será muy grande si Dios y él quieren. Un señor Campito que con

el tiempo será un Peñita. Otro Peñita (hijo) que muy pronto será Peñita padre. Y Fernández Granados que por poco no sabe griego tanto como Ipanδρο Acaico. Y Rivera. . . y González Obregón. . . y Michel. . . y cierto joven Bustillos que le habla de tú al mar con plenísimo derecho, porque las águilas son las hermanas aladas de las olas. . .

¿Cómo había de marcharse ahora Altamirano? Para qué. . .? Aquí están todos los suyos, los que se habían ido, los que se habían muerto, los que todavía no habían nacido. Y todos, formando una conjuración de poetas y escritores, intentan detener al maestro, como las sirenas intentaron detener á Ulises. ¿A qué mástil ha de atarse Altamirano, como se ató el prudente Ulises para no ceder á tan amante ruego, si todavía no se ha embarcado?

Estad seguros de ello: Altamirano no se irá.

También dijeron que yo iría á la velada del Liceo, y no fui. ¿Por qué? No me atrevo á decirlo. Sé que no fui porque estaba enfermo; pero también sé que si lo digo no han de creérmelo. En esto de tener fama de perezoso es en lo único en que me parezco á mi Maestro Altamirano. Han perdido la fe en nosotros. Consolémonos. Hasta la fe en los dioses, y hasta la fe en Dios, se ha perdido! Estoy convencido de que cuando inviten á mi entierro, nadie ha de ir por temor de que yo no asista. Pero mi reputación de perezoso, lo mismo que la del Maestro, es usurpada. Altamirano ha hecho obras maestras; ayudó á hacer la República; ha hecho discípulos, ha hecho fanáticos, ha hecho las obras de muchos amigos suyos, ha hecho una literatura. . . ¿puede llamarse á esto pereza? Yo no he podido hacer tanto ni mucho menos; pero no por falta de voluntad. En cam-

bio escribo de seis á ocho horas diarias; cuatro empleo en leer, porque no sé todavía cómo puede escribirse sin leer nada; aun cuando sólo sea para ver qué idea ó qué frase se roba uno; publico más de treinta artículos al mes; pago semanariamente mi contribución de albums; hago versos cuando nadie me ve y los leo cuando nadie me oye, porque presumo de bien educado. . . ¡y todavía me llaman perezoso. . . ! Los que me hacen tal cargo pueden, sin duda, detener el sol como Josué, ó no saben que el día tiene-veinticuatro horas, y que los hombres comen, duermen y se cansan.

Resígnome, sin embargo, á sufrir con paciencia el anatema. Doy la razón á mis amigos, que son los que hablan peor de mí, y declaro que no fuí á la velada por pereza, y por la más increíble de todas las perezas, por la pereza de gozar. Mas, ya que acepto tan sumiso esa terrible inculpación, pido que la hagan también á los que no asistieron al banquete del viernes, ofrecido al Maestro por algunos de sus amigos: á D. Ignacio Mariscal, que bien pudo resolverse á dejar de ser, por algunas horas, buen ministro, para ser lo que siempre ha sido, excelente literato; á D. Manuel Mercado, que no tiene derecho nunca para estar ausente de una reunión de hombres de letras y de artistas, porque es de su gremio, aunque no escriba, ni quiera escribir; á D. Casimiro del Collado, que ha conquistado á los poetas mexicanos y que nada tiene que temer de ningún futuro Cura Hidalgo; á D. Justo Sierra, y á Gonzaga Ortiz. No estaban enfermos, aunque tal digan; no estaban ocupados, aunque tal juren. . . ¡Fueron informales!

Considerada la cuestión desde el punto de vista del egoísmo, mejor fué que esos señores no asistieran. Así se repartió entre menos el placer, y á Guillermo Prie-

to, á Telesforo García, á Chucho Valenzuela, á Pancho Sosa, á Pablo y Miguel Macedo, al Lic. Sánchez Gavito, á Porfirio Parra, á Joaquín Casasús. . . á todos los que asistimos, nos tocó á más.

¡Qué agradable *menu* y qué buen *sprit!* Buenos los vinos y mejores los brándis! El cielo, Porras y nosotros de excelente humor. La mesa, cubierta de flores. . . . Afuera la orquesta del buen Dios, la que no interrumpe las conversaciones, la de los pájaros. . . Adentro, las canas de nuestro viejo Prieto que no quieren corona; la calva, á lo Sócrates, de Telesforo; los ojos guerrilleros y chinacos de Altamirano; el pálido Valenzuela, á quien han empaldecido con ardientes caricias dos hermosas enamoradas de él: la Poesía y la Fortuna; Pancho Sosa, siempre grave, Pablo Macedo, siempre de perfil. . . y allí un verso que se cayó de los labios de Prieto antes de ponerse la última sílaba, pero que siempre es verso; allá, una frase algo atrevida que hace ruborizarse á esa otra frase virgencita que se le escapó á un joven poeta. . . ; recuerdos. . . , esperanzas. . . , talento y gracia, en todas partes menos en mi plato! Telesforo haciendo justicia plena, en su elocuente brindis, á los hombres de la Reforma, á los Constituyentes, á los idealistas, á los iluminados y videntes, á los locos inmortales que nos dieron libertad y patria.

Altamirano, el asombroso conversador, moralmente vestido de cónsul, y hablándonos de asuntos comerciales, prometiéndonos. . . ¡él, un poeta! ¡él, un literato! prometiéndonos dinero!!! ¡Que va á ser editor nuestro en Barcelona; que después de habernos enseñado todo lo que sabemos, va á ver cuánto nos produce lo que nos ha enseñado. . . ! Allá, un verso. . . acullá una libra esterlina sonriéndonos! ¡Y Altamirano convertido en un

Bleichröder..... junto á Pablo Macedo que es todo un banquero, aunque tenga el defecto de ser muy inteligente y muy artista... frente á Sánchez Gavito que tiene talento y dinero para sí y para sus amigos....! Barcelona...! ¡Libros cuya edición cuesta trescientos pesos y produce treinta mil...! El Maestro enriqueciéndonos...! ¡Vino...! ¡Flores...! Y allá, como una música, la palabra de nuestro viejo Guillermo, hablándonos de la tristeza de las despedidas del mozo que lleno de ilusiones va á embarcarse, de la novia que lo besa por última vez y cuelga un escapulario de su cuello; de los amigos que lo acompañan, de los hermanos que lo abrazan,... ¡y del pobre viejecito que detrás de una roca, llora y llora, porque es el padre del que se va,... de ese viejecito que es él, nuestro abuelito Prieto, y que será el primero que salga á recibir á su hijo cuando vuelva... ¡cuando ya tal vez la novia se haya casado con otro y los amigos se hayan ido ó hayan muerto!

¿Cómo no conmoverse...? Yo mismo que no hago versos, porque ya me arrepentí, zurcí los que pongo á la cola de esta crónica..... ¡Qué ha de irse Altamirano! ¡Ya ha vuelto el *Renacimiento*, y han vuelto las veladas literarias, y el Liceo Hidalgo, y la época de Eduardo González, y ya viene Riva Palacio, y va á resucitar el Nigromante...!

Sin embargo, debemos ponernos en todas las eventualidades. Puede ser que Altamirano se vaya. No es probable; yo no lo creo; mas puede ser.

Pancho Sosa: usted que escribe tan bien ¿por qué no escribe la *Historia del Consulado y del Imperio literario del Maestro*?

Yo de mí sé decir que, si él se va, el único encargo

que me propongo hacerle es el de que salude á la andaluza de Musset. Ya le preguntaré cuando regrese:

*Avez-vous vu, dans Barcelone,  
Une andalouse, au sein bruni?*

Y ¡lástima grande que no tenga derecho para completar la estrofa repitiendo:

*C'est ma maîtresse, ma lionne,  
La marquesa d'Amaëgui!*

EL DUQUE JOB.

## UN LIBRO DE LECTURA.

La sociedad protectora de animales y niños, es decir, de la mitad y otra mitad del género humano, debe de intervenir activamente en la publicación de libros destinados á las escuelas. Como protectora de los animales, porque estos aparecen mal retratados, calumniados, en las viñetas de esos libros; y como protectora de los niños porque el texto de esas publicaciones está escrito por los mismos señores animales... á los que todavía la civilización no les concede la palabra.

Tengo ante mí, (á respetuosa distancia por supuesto) un "Segundo libro de lectura" impreso en Bogotá, y destinado, según el autor dice ó canta, en el Prefacio, á servir de modelo para todas las repúblicas hispano-americanas. Como yo pertenezco á una de ellas, y como el